

EL MERCURIO.

VALPARAISO, 20 DE MARZO DE 1858.

EL DERECHO DE ASOCIACION.

En medio de la perfecta calma que reinaba en el público, convino que lo más por esa natural efervescencia que ajita a los espíritus en las épocas electorales, ha venido a alarma un a los más estrafalarios ataques políticos, el rumor que se corría desde la mañana de ayer de que los clubes serían cerrados por orden de la autoridad, y en la tarde se publicaba ya el bando en que el Intendente de la provincia trascibe un decreto del Gobierno, recibido ayer mismo, por el cual se prohíben todas las reuniones políticas *públicas o privadas*, fundándose en el desorden promovido en el último club y de que tienen noticia nuestros lectores.

Sostenemos siempre de la paz pública y de la verdad de nuestras instituciones democráticas, no hemos podido menos de mirar con un profundo sentimiento un suceso de esta naturaleza, cuyas consecuencias, por más egió que se quiera ser, se desprenden fácilmente a la vista.

Nosotros hemos siempre creído que el mejor baluarte del orden público es el respeto a la ley y al sistema representativo que nos rige. Y por eso nunca aprobaremos cualquier acto, ni suficientemente motivado, que tienda a ampararlos o despotizarlos, ya proceda ese acto del individuo particular, o lo que es aún más pernicioso, de la autoridad misma. Y cuando el tiene por objeto salvar el orden amagado, entonces es tanto más peligroso, si no siendo realmente exigido por circunstancias apremiantes, viene a crear una falsa alarma que no conduce a otra cosa que a sobrescitar los espíritus.

Entonces el remedio es prematuro, estéril y puede producir el mal que no se revelaría todavía con sintomas alarmantes. Entonces la irritación puede recompensarse a la calma, la ira al imperio del derecho.

Así las falsas medidas de orden público entran muchas veces el desorden.

Así la falsa alarma viene a agitar realmente hasta los ánimos muertos.

Así la paz disfrazada envuelve también el trastorno, la anarquía social.

Y la razón es obvia. El mejor barómetro de la tranquilidad de un pueblo es la misma conciencia pública. ¿Quién podrá conocer más bien sus intereses y los peligros que el mismo individuo? Cada cual es un guardián que se mantiene siempre alerta en defensa de su vida, de su fortuna y de su familia. Y cuando el peligro le amenaza cuando el cielo anuncia tormenta, le vereás el primer preaviso contra sus estragos, como el navegante que recoge sus velas cuando se acerca la tempestad.

Esas crisis públicas se muestran a la superficie por la consternación general, por el silencio que precede a las horas solemnes de una desgracia, por la paralización de la vida en todas las arterias sociales.

Cuando la paz está amagada, la paralización del comercio, la obstrucción de todos los conductos del movimiento social, aparecen desde luego a la superficie.

Entonces la sociedad misma se acoje a la sombra de la autoridad y ésta estiende sobre ella su brazo para ampararla.

Entonces la conservación del orden es un deber sagrado, por lo mismo que es la expresión de la exigencia pública, de los riesgos inminentes que la rodean.

Entonces, cuando la autoridad se levanta majestosa y apoyada por la fuerza, en sostén del derecho, aparece como el ángel tutelar de los intereses públicos. Grande y sublime misión que profanan tan ameno los que no la comprenden, o no quieren conservarse a su autoridad.

Ahora bien, nos lo preguntamos a nosotros mismos, lo preguntamos a todos: existían entre nosotros tales sintomas de amago al orden público?

Había clubs, se nos dirá, que mantenían en continua agitación a los ánimos, que censuraban o defendían en alta voz al gobierno, que interrumpían nuestra marcha normal.

¡Pero había en ellos tendencias de sedición, espíritu de revueltas! No; y ¿cómo podría suceder de otra manera desde el momento que esas asambleas populares celebraban sus sesiones a la vista de todo el mundo, en un local cuyas puertas estaban abiertas tanto al amigo como al enemigo, al ciudadano como al ajente de la autoridad!

No se predica ciertamente la revolución a cara descubierta, no se propagan doctrinas subversivas, no se conspira cuando todo el mundo es testigo de nuestros actos.

Es en el misterio, es en medio de las tinieblas donde se forjan las armas siniestras que van a despistar al enemigo en su mismo lecho.

Es por medio de consejuelos secretos como se reúne a los conspiradores de la paz pública, y se trasmiten el santo y seña con que deben reconocerse entre la confusión y el fumar del condón.

El conspirador que busca la luz, se suicida.

El tumulto que incita públicamente al trastorno, ya estácondido.

Porque advierte el peligro a su enemigo, porque le muestra sus armas de combate.

Nada de eso ha ocurrido felizmente. El público entero es testigo de que en las sesiones del club contra quien se la asistió principalmente el golpe, el orden no fue jamás perturbado. Y si se quiere buscar un fundamento en el disturbio promovido en el último club, procediendo de quien invierte de ello la culpa, solo podemos considerarlo como un pretesto espacioso, como una violación terminante de uno de los derechos más sagrados de la democracia.

Si ese incidente pudiera haber daño las armas para atacar el derecho de asociación, veríamos sentado un absurdo que conduciría a las consecuencias más funestas; no habría libertad posible de ese modo no pudiera ser restringida.

Todos somos libres, por ejemplo, para transitar por las calles públicas; pero si se le nombra a alguno loco o necarrero armarse de una pistola para ir asesinando a todos por la calle, (como sucedió con el capitán Paddock en Valparaíso en tiempo del ministro L'ortales) se deduciría por ventura de aquí que la libertad de tránsito por las calles debía prohibirse a todo el mundo!

A esta ridícula consecuencia nos llevaría una premisa tan falsa.

Pues, lo mismo sucede en el presente caso. ¡Habrá desorden en un club! Faltaron los concurrentes a la moderación debida! Pues, señor, no hay más remedio que cerrar todos los clubes.

Es decir, que la falta de unos se hace sentir a otros: esto no tiene otro nombre que injusticia.

Y si hablar así nos referimos a todos los clubes en general, cualquiera que sea su color político: todos ellos han recibido de una misma mano el golpe que les ha herido.

¡A qué quiera, pues, reducido el derecho de asociación, que es el mas sólido vínculo del sistema representativo!

¿Cómo pueden hacerse las elecciones de modo que en ellas se consulte la voluntad del pueblo? Previendo con mucha justicia esta necesidad, los autores de la Constitución de 1833, incorporaron en ella un artículo destinado a darle esta precisa garantía. Según ese artículo, los ciudadanos podían reunirse en asambleas populares para trabajar en la marcha administrativa. Pero la Constitución de 1858 que derogó todas las disposiciones políticas comprendidas en las anteriores, guardó una injustificable reserva sobre un punto de tan trascendental importancia. Por este motivo el derecho de asociación, interior no se ha reformado esa Constitución, será en manos de los ciudadanos una arma quebradiza que caerá al primer soplo de la autoridad.

El bando de ayer que manda cerrar los clubes contiene todavía otra prohibición que a nuestro juicio, encontramos incompatible con la disposición del art. 148 de la Constitución vigente, en el cual se declara inviolable el honor doméstico, no pudiendo ser allanado sino con un motivo especial. Pero como por ese bando no se permite que varías o muchas personas, se reúnan en club político, tenemos que, atacada directamente esa inviolabilidad que ha querido garantizar la Constitución.

Parece, pues, que no se ha tratado de remendar un mal parental, como quería darse a entender al expresarse que la medida en cuestión partía del desorden ocasionado en el último club. ¡Por qué no se limitó entonces la prohibición, si ese motivo se considera tan poderoso, a los clubes públicos! Era preciso también llevar la mano de la autoridad al seno del hogar privado!

Esa prohibición es la que encontramos más injustificable, porque encubre una consecuencia perniciosa,—atacar la libertad electoral, y por consiguiente atacar nuestro sistema representativo.

He aquí donde palpamos en herida más profunda, y heridas son éstas que traen la agonía al cuerpo social. Nosotros estamos previendo los males que puede traer para el porvenir, y por eso hemos levantado nuestra voz independiente, eco sincero de nuestra conciencia, para reprobar una medida que *Dios quiera* no prepare mayores calamidades.

LOS PROGRAMAS Y LOS PARTIDOS

Un partido que se presenta en la arena electoral sin programa es un ejército sin bandera, una nave que marcha sin brújula, al acaso, y que corre la alternativa de encontrar un puerto o de perderse en las olas. El que marcha sin principios fijos se espone también a no tener un punto fijo a donde dirigirse; su marcha no puede inspirar a nadie confianza por que aparece como un soldado mercenario dispuesto siempre a abrazar la primera causa que se le presente.

En política es necesario que los partidos ofrezcan franqueza, que manifiesten sin embargo los principios que proclaman, para que la nación pueda juzgar claramente sus miras. Desconfiad mucho del partido que se presenta sin una enseña conocida o que está dispuesta a cambiársela siempre según las circunstancias; la mala fe no está ni un lejón de él. Esas son redes que se tiran al mar de la opinión y se recogen cuando ha picado el anzuelo.

Los partidos que proclaman la lealtad, la bondad de miras, el bien público; deben ser los primeros en alzar su bandera, y llamar a su alrededor a todos los ciudadanos. Pero cuando solo se los llama al combate, y no se les dice de donde vienen, si a donde van, entonces se hacen justamente sospechosos; entonces un ojo perspicaz percibe trazos de ellos la ambición, el egoísmo, la personalidad.

Por último, contribuir con su voto independiente a promover los intereses nacionales en todos sus ramos, a mejorar las costumbres del pueblo, sistematizando la beneficencia pública, creando cajas de ahorros y sociedades de socorros mutuos; deslindeando las atribuciones de los poderes para poner coto a la corrupción administrativa; oponiéndose a que se deleguen en el Ejecutivo facultades legislativas, como se ha hecho hasta aquí, apoyando todo proyecto que tienda a fomentar la unión de los ciudadanos, a robustecer el espíritu público, a promover el progreso de las localidades, en cuya gran suma están representados los intereses y engrandecimiento nacionales, objetos de nuestro culto, como sinceros republicanos.

J. V. Lustaria.—A. C. Gallo.—Miguel J. Santa María.—Nicolás C. Ossa.—José Vicente Vargas y Vargas.

FERRO-CARRIL

ENTRE SANTIAGO Y VALPARAISO.
El informe que publicamos a continuación del ingeniero D. Agustín Verdugo, encargado de la apertura del túnel de San Pedro, arroja una luz bien triste sobre el lamentable atraso en que se encuentran los trabajos del ferrocarril.

El contratista, apesar del empeño y constancia de que siempre ha dado pruebas en todos los aspectos con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Por eso desearíamos siempre que los partidos obraran con sinceridad; la franqueza y la lealtad nunca desdicen de una buena causa, y por el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.

Y qué! las luchas electorales no son más que unos torneos donde se batien los campiones de punta en blanco sin mira que por mantener la liza! Eso estaba bien para aquellos tiempos.

Pero el contrario, donde no se las vé, han motivo para presumir que la causa que se defiende no es la más justa ni la más santa.